

LA LUZ VIENE DE LEJOS.
Rigoberto López Pego.
(La Habana, 5 de junio de 1977).

Que tenemos que hablar de muchas cosas,
Compañero del alma, compañero
Miguel Hernández
La luz de esta ventana viene de lejos
y alguna canción se calma bajo el cielo.
En el cielo limpio de la Isla
abierto definitivamente ante mis ojos
y en la luz que hoy ha llegado a mi ventana
descubro tu rostro, adivino el trazo
y el fuego de tu mano
el humo perfecto de tu automático
por donde lanzabas al porvenir la sangre
de tu Tierra, Miguel, que ya es la mía.
El amor inmenso a Chile que no es nieve
sino página encendida, sal y desierto
hasta el corazón de lo divino.
¡Ah!, Miguel, tus venas tensando mi palabra,
tu sonrisa inevitable y pura
diciéndome en la idea que soy
por este simple instante, también tu compañero.
El hermano que llegó tardío
para contarte que tu tierra ahora es toda tuya,
que andamos en octubre tras tu imagen
y atravesamos los países, nuestros países
de viento y de ternura.
Que pusiste sobre América un nuevo remolino
y en la florida turbulencia la historia
nos dio abrazos, promesas, ideas
limpias como el cielo,
claras como la luz de la ventana;
como las heridas de Lautaro.
Sobre tu imagen avanza Manuel Rodríguez
y una estampida de pájaros violentos.
Carrera contigo va uniendo el Continente,
y Bolívar por debajo de la mar.
Pero lo que más veo, Miguel, es a Guevara.
Pausado y hondo
su brazo inolvidable y su manera,
su asma tan humana,
su voz que es para siempre ya
la voz.
El Che y su sueño,
mostrándote en el telúrico rincón de la guerrilla
el mapa del cariño, la ruta de la victoria.
La alternativa entre una nube y otra nube
es la lluvia que hace los ríos,

la alternativa de un río y otro río
es el mar, el océano indomable,
la tormenta, el rayo,
el odio incontenible de la corriente.
Y así pasa, así pasará, así ha de pasar.
Espanto del enemigo,
que nuestra corriente es violenta
como el mar en Valparaíso
que nuestras costas son Lota y Coronel,
pobladores del olvido,
ardiente Araucanía,
la muerte que ha pasado
la profunda tortura de toda la vida
y de toda la muerte.
Nuestra corriente nada la detiene,
de pólvora y poesía es nuestra corriente.
Ay, Miguel, si supieras como se ha puesto
de grande América con sus muertos.
Como está de joven,
como la tristeza no le quiebra la guitarra
y como la guitarra a estas horas
canta miedo a los fantasmas,
sombros de hiel y podredumbre
que han de morir un día
para que lata limpio como el cielo
el corazón del hombre americano,
tu propio corazón.
El cuatro que tenemos, la quena que estamos soplando
con el provenir adentro
circunda los cerros, los fondos melancólicos de Chile,
y busca pronto el hilo de dolor
que asfixia la coca en el indio boliviano.
El minero, el pobre que un día
mirando las estrellas, hastiado de la vida
lanzase al infinito.
El cuatro que tenemos, la quena que estamos soplando
baja al pozo de esperanzas
donde ocultaron, herido y temible
a Raúl Sendic.
Una bandada de pájaros del Sur
Atraviesa pulsando la mañana.
¡Ah! Ignorantes que ignoraron que la muerte es un correo,
que al saltar a la otra casa,
justamente con el último disparo,
pusiste al siglo la correspondencia;
en cada disparo decías una orden, cantaste una canción,
enviabas uno, diez, mil emisarios
para saber de los amigos, para despedirte de ese día,
para decirles que volvías,
para escribirle a Santucho

que las cosas marchaban, marcharían a pesar
y que otra vez, ya todos compañeros:
la reunión será para cantar el Martín Fierro.
Qué manera de esparcirse tu cerebro,
de estallar hacia tanta dirección tu corazón,
tu hermoso rostro como aparece entre ciudades;
cuánto ilumina aquella granada que tiraste.
¡Ah! Ignorantes que ignoraron que la muerte es un correo.
Donde la polémica sea mustia y la palabra
vuele a morir bajo la bruma,
donde el puño cerrado esté vacío,
el estruendo de tu cuerpo,
cayendo como dijiste,
levantará las barricadas,
traerá cobre y miel y luz, espada y brisa
y los nombres que en la fila
tejerán la única bandera la del pueblo.
Así nos llamarás, como el poeta a los versos,
tierno y agotado.
Así convocarás, como el padre a los hermanos,
y ya no hablarás, y ya no harás el ademán siquiera,
sino que escucharás
con la calma del cielo en calma,
sino que atenderás como el niño a su dibujo
como el jefe a la verdad.
De vuelta de la muerte, reunido con la vida
como eras
saldrás al viento a encabezar la marcha ,
y marcharán conmigo, y volverás al ejemplo,
a la muerte y otra vez a la vida
y así
hasta el final en que regresando estarás para quedarte,
porque la gloria de América, de sus noches y su sol,
acabado el diluvio que ya hacemos,
pondrá tu sangre a gobernar,
a dar la tierra al fruto,
la mina al mineral,
la patria a los patriotas,
a los revolucionarios la revolución.
¿Te acuerdas, Miguel, de aquel día cinco?
Nadie avisó que ibas a estar tan cerca de la fecha,
que el relámpago de octubre
en ti también pondría su llama.
Volcánicas dos horas hicieron de Chile en ti
su fortaleza.
¿Quién a visto al miserable tirar bombas a la gloria,
sino entonces?
¿Quién ha visto al odio combatiendo el amor
sino entonces?
¿Quién ha visto toda la ruindad del mundo

combatiendo la sola carne de la esperanza
y el solo pensamiento, y toda la confianza amanecida
sino entonces?
¿Quién ha visto el valor tan racional y ardiente
sino entonces?
Sino entonces, ¿quien ha visto al hombre solo,
solo con el amor, defendiendo el amor, todo el amor?
¿Quién ha visto una cara serena
una sonrisa casi, una burla, flor terrible
a la cara del verdugo
sino entonces?
Y que Miguel fue más Miguel en ese minuto del mundo
de lo hermoso y del horror
sino entonces.
Diez fueron las heridas. ¡Que cifra para el honor!
La bala que destrozó tu cráneo
es el pedazo de piel que falta al corazón,
otro pedazo,
es un molino fiero, un potro saltando al abismo,
un hueco seco, interminable,
donde las mujeres ponen rosas
y los mapuches la noche,
donde yo tecleo sin compasión
la palabra que me duele
el polvorín de mis paredes.
La bala que destrozó tu cráneo
marcó el lugar donde irán los pescadores
a registrar en el crepúsculo
y a los obreros a buscar la tinta
con que se firman las sentencias.
La bala que destrozó tu cráneo sembró un árbol;
a la sombra de ese árbol, Luciano un niño chileno
pensará en la bala que destrozó tu cráneo.
La luz aún entra por mi ventana, Miguel,
y la calma del cielo
en un rumor en el dibujo de Luciano.
Si vieras el amarillo, la línea verde de la pradera,
si vieras la roja ametralladora de matar los mercenarios;
pero sobre todo, si vieras
el niño que lanzó su flecha al sol
y el sol se volvió de espaldas,
pensarías, ahora lo sé, que en la revolución
las flechas siempre dan al sol
aunque se vuelva de espaldas.
La bala y el árbol y la flecha, son un coro de niños
cantando Venceremos.
En mi ventana es blanca la mañana, muy blanca.
Resplandece la palabra Resistencia.
Y en la nube de la izquierda, en el pájaro que vuela
se va mi corazón.

Te escucho en el Caupolicán:
los pies sobre la tierra, la voz sobre el peligro,
el fuego contra la nieve,
la tormenta a la brisa contando sus razones.
La espada emponzoñada vestía aún
pañuelo leal y lozanía.
Tu respirabas el tiempo
pero la suerte del aire estaba decidida
y decidida estaba la blancura.
"Un día no sé cuando, voy a caer
mis huesos quedarán por ahí, tal vez
blanqueándose al sol."
Pero no quedaron los huesos,
Miguel, tú te escondiste
y dejaste la mirada
que abre las mañanas de los desaparecidos,
el manto de los muertos, el ansia de los que en mundo
te recuerdan, los que te buscan y buscarán
los que van a encontrarte de una vez quemando la ceniza,
la baba y el hueso infame de la felonía:
unidos, irradiando la blancura
polvo esparcido de tu bondad
bajo el cielo sereno de Chile
donde tu voz sobre el peligro,
tus pies sobre la tierra,
proclaman la palabra RESISTENCIA.
Miguel, cuánto quisiste mi patria
cuánto escuchaste a Fidel, nuestro Fidel,
cuánto la quisiste, lo quisiste, nos quisiste.
América es pareja
y nada se le parece tanto como un abrazo a otro abrazo.
La palabra hermano salió de las entrañas mismas
de nuestro mismo amor,
y ya no pudo ser de otra manera.
Tu disparo fue, será, el borbotón de sangre
de nuestra distancia,
nuestro silencio de bosque poderoso
tu silencio
tu adiós, nuestro próximo disparo.
Miguel, ahora solo envidio tu muerte hermosa.
No pretendo más.
En el intento del que busca acortar el cielo,
reducir una distancia irreparable,
escribo líneas, palabras que no quieren ser tristes,
que no quieren ser batientes como las olas,
ni estentóreas, ni pálidas,
ni construidas a plano y, a pincel,
estas palabras que no son ni un aplauso
ni un pañuelo,
serenas compañeras quieren ser, hermano

en esta ausencia.
Porque en el último asalto te llevaste los relojes
y hasta algunos se preguntan que hiciste con el tiempo
que es violento, que tiene rabia,
que nunca empieza ni termina,
amargo como lava, diáfano y febril como un himno
o como una mariposa.
Te siento entrar a este cuarto
como al amigo que no fuimos,
darme un abrazo, mirar hacia mis libros.
¡Ah! Cosa ingenua pensar que vas a llegar,
que un amigo nombrado Carlos me reclama,
que estás ahí con tu impermeable
y tu sonrisa,
con tu maletín de doctor con ametralladora.
Y no soy yo sino el Bauchi
Dagoberto, Luciano, Edgardo, Jorge
el estudiante de Concepción, el campesino,
el obrero, el cantor,
alguien que aprende en tu presencia
que la luz es siempre clara,
que mañana trinarán mejor los pájaros,
pero que hoy es el día de hacer la fila,
organizar el fuego,
incendiar el río, la ciudad, el bosque y la pradera.
Marchar, en fin, a montar guardia junto al sol
porque dice la Historia que cuesta mucho esperar
por las estrellas.

